

...¿Termina la Adolescencia?...

Algunas consideraciones teóricas acerca del final de la adolescencia y la caducidad del saber

Marcos Korembli

*“Con tantas cosas te sentís como indefenso
Y sacudís adentro una remera.
La valija y la vida ya están listas,
Y en un rincón de vos tu adolescencia.
Te asusta el misterio del futuro,
y luego de salir cerrar la puerta,
pero el paso hay que darlo, muchachito
si hay un niño que llora, el hombre espera.
Y aunque esté el miedo que llevás adentro
Y un libro oscuro con sus letras negras.
Están en tu valija la esperanza
Una foto, un amigo, una tarjeta,
Una piba de nombre indefinido
Ese poster sacado de tu pieza
Y esa manía rara, esa costumbre
de andar entre filósofo y poeta.
Todas pequeñas cosas inservibles
Para los que no saben lo que cuenta
Además en el niño crece el hombre
Decidido a pelear por su inocencia
Tenés razón: son tantas tantas cosas
Y esa valija verde como pesa”.*

La valija verde, César Isella

INTRODUCCION

En este trabajo desarrollaré algunas ideas en torno al final de la adolescencia. Como veremos, éste es un concepto polémico, de modo que según cómo se lo considere, tendrá distintas consecuencias clínicas.

En principio encuentro una dificultad de orden empírico y otra de orden conceptual. A diferencia de lo que ocurre en los comienzos de la adolescencia, los observables acerca de su finalización no son tan claros. No hay parámetros clínicos evidentes que nos indiquen que la adolescencia termina. El camino habrá que buscarlo por otro lado.

Al pensar para la adolescencia una terminación o cierre (sea para ésta así como para cualquier otro momento vital) podría suponerse que algo debe entrar en algún carril establecido del cual se espera un *también pre-establecido final*. Esto nos situaría en una línea que recorre la historia desde una perspectiva evolutiva y en *asociación con una supuesta normalidad*, lo que implica una postura con algún sesgo valorativo.

En la misma línea podemos pensar la idea de “adolescencia tardía”, tal como luego veremos es planteada desde algunos autores. En esta postura estaría implícita la referencia a algo que debería ocurrir en algún momento vital, que sería “adecuado”, “a tiempo”, pero o no apareció o lo hizo fuera del momento esperado. Esta noción tiene una fuerte impronta psiquiátrica, acuñada por ejemplo, en el concepto de “reacción vivencial normal”, y está asociado a una norma, a un parámetro ideal, tema que es discutible para una perspectiva que intente ser psicoanalítica en su abordaje conceptual.

Toda visión metapsicológica conlleva una clínica que de ella deriva y aunque aspiraríamos a mantener cierta coherencia entre ambas, lo cual no siempre logramos, debemos ser conscientes del nivel de tensión que existe entre teoría y praxis.

Nuestra concepción acerca de cómo termina la adolescencia debería ser solidaria con la conceptualización que tengamos acerca de la adolescencia misma en todo su devenir y éste es el trabajo que hoy propongo.

“Fin de la adolescencia” tiene además una fuerte impronta “epocal”. Lo que hoy consideremos adolescente, o su finalización, es una categoría conceptual que emerge en la época y la cultura que nos tocan vivir. Sabemos que cada época tiene sus propias y diversas definiciones y que éstas irán siempre cambiando.

Querría evitar hacer una puntualización semiológica del final de la adolescencia, parámetro que no comparto; en cambio tomaré en cuenta una vertiente metapsicológica haciendo algunas consideraciones que sobre este tema nos traen distintos autores:

La metapsicología freudiana subraya para el final de la adolescencia la constitución definitiva del Superyo tras el sepultamiento del complejo de Edipo, re-activado luego de la represión instaurada en la latencia. Algunas de sus consecuencias serán la imposición del imperativo categórico, la instauración definitiva de la represión y del juicio de existencia, y la sumisión de las pulsiones parciales al definitivo primado genital. Serán abandonadas de manera definitiva las elecciones incestuosas, se renunciará a la bisexualidad y se tenderá a la elección de objeto heterosexual y exogámico.

Otra consecuencia de este proceso será que el “...*ideal del yo tendrá que definir su propio proyecto de vida, desprendido del ideal de los padres...*”; por lo que algunos autores harán hincapié en la “...*discriminación entre quiénes son los padres y quién soy yo...*”, que no se daría en términos de lucha generacional como en la adolescencia media, sino en tanto “...*delimitación de subjetividades...*”. (Quiroga, S., 1988)

Los analistas tenemos un papel importante en esta etapa, ya que al ser éste un tránsito con oscilaciones, deberíamos entender que la discriminación no se dará en términos de espacios físicos sino mentales, dado que se van atenuando los fenómenos de identificación proyectiva más propios del comienzo adolescente.

La misma autora adscribe a la idea de *adolescencia temprana, media y tardía*, llamando a esta última también *fase resolutive*; “lo tardío” lo discrimina en referencia a dos elementos distintos: *estados patológicos prolongados*, es decir, adolescencias que no terminan, o *adolescencias de aparición en una etapa de la vida en que ya no son esperadas sus manifestaciones*. En su afirmación destaca la vertiente temporal, siendo que “tardía” es algo que, aunque parezca tautológico, para ella tendrá el valor de una *fase resolutive*.

El riesgo de esta posición es soldar excesivamente la adolescencia a una expectativa normativa respecto de cuándo es esperable la aparición de algunas manifestaciones y no de otras por estar fuera de tiempo, perdiéndose de vista así el aspecto singular propio de cada proceso.

Peter Blos llama *conclusión de la adolescencia* a este período, sugiere que es una etapa de *consolidación*, y continuación directa del proceso adolescente.

Considera que dicha conclusión es su momento de cierre, sea éste normal o patológico, y propone tomar en cuenta que “...*la adolescencia debe terminar, veamos cómo, pero debe terminar...*”. (Blos, 1979)

Esta posición muy clara y definida debería ser discutida, y es parte del debate que propongo mantener abierto en este trabajo.

En tanto el complejo de Edipo fue disuelto al finalizar la niñez temprana, reapareciendo en la pubertad, Blos destaca que el conflicto a resolver es fundamentalmente la disolución del complejo de Edipo negativo.

Conceptualiza la adolescencia como una crisis que debe ser atravesada y de la cual se deberá salir. No atravesarla tendrá consecuencias que se verán en las adolescencias prolongadas siendo éstos los modos que se utilizan para eludir dicha crisis.

En estos adolescentes tardíos “...*paradójicamente no hay conflicto que abordar ya que no lo vivencian, lo eluden. La función del analista consistirá en promover que puedan alcanzar dicho conflicto de modo que puedan ingresar en la fase final...*”.

Querría subrayar que en Blos la adolescencia es conceptualizada como *crisis* primero, como *conflicto* después; en sus descripciones habría además una superposición de ideas, en las que adolescencia tardía y prolongada aparecen como sinónimos. En la conceptualización de S. Quiroga, más allá de nuestra posición al respecto, está más clara la distinción de algo que no apareció cuando se suponía debía hacerlo (tardío), de aquello que apareció, pero con manifestaciones clínicas que se mantienen en el tiempo más allá de lo esperable (prolongado).

Tal vez Blos al superponerlos adopte una perspectiva clínica, quitándole peso a una posición excesivamente genérica y normativa sobre este tema.

Blos plantea además que “...*la disarmonía entre el adolescente y las demandas de la sociedad llevan a que esta frustración sea neutralizada mediante sobrecompensaciones narcisísticas con un exagerado optimismo y gratificaciones fantaseadas; la evolución si esto no se trabaja adecuadamente llevaría a la clínica del trastorno narcisista de carácter...*”. (Blos, 1979)

En relación a las adolescencias que se prolongan en el tiempo, nos encontramos con pacientes que a pesar de los embates adolescentes mantienen la ilusión de conservar una relación onnipotente con el

“saber”. Esto nos introduce en el tema de la “caracteropatía adolescente”.

C. Moguillansky planteó que *“...una de las funciones privilegiadas que tiene el proceso adolescente es tender a la descaracteropatización. En este sentido su eficacia puede medirse por el grado de reacción neurótica no caracteropatizada, de plasticidad que pueda tener alguien al cabo de este proceso...”*.

La ganancia de un proceso adolescente *“...es la transformación de una mente restringida en una abierta a nuevos sentidos mediante un trabajo de duelo en el cambio de posición subjetiva al destituir garantías, con la incertidumbre que esto implica...”* (Moguillansky C., 1999).

Las “garantías” a las que Moguillansky hace mención, tienen estrecha relación con la *omnipotencia propia de un “saber latente” que caería en la adolescencia*, con la consecuente pérdida de certezas y con el riesgo inevitable por la “incertidumbre” que lo acompaña.

Querría subrayar que la dimensión de “duelo” que él describe es en términos de cambio en la posición subjetiva.

D. Meltzer describe la clínica de adolescentes que regresan transitoriamente a la rigidez de la latencia al no soportar los impulsos edípicos exacerbados en esta etapa (Meltzer, 1974). Esta afirmación la amplía en los Seminarios de Novara al referirse a una de las cuatro comunidades por las que el adolescente transita: el adolescente que regresa al equilibrio latente de la vida en familia.

Los otros tres movimientos defensivos que él destaca son: el del adolescente que se inserta en la cínica comunidad de pares adolescentes, por otro lado, el que estableciendo una “huída hacia adelante” entra por un túnel en el mundo de los adultos adoptando sólo sus emblemas, y por último el adolescente aislado, quien para Meltzer, reviste mayor gravedad clínica.

Recordemos la advertencia de Meltzer respecto de las oscilaciones que en este tránsito se producen. Estos grupos o comunidades los concibe como “estados de la mente”; destaca la “movilidad entre” las comunidades, alertando acerca del riesgo de quedar capturado de manera estereotipada en alguna de ellas.

En los Seminarios que dictó en Montevideo en 1994 se refirió, dentro de las posibles salidas de la vida en familia, al grupo de los desilusionados y al de los descontentos. Los primeros entrarían en la comunidad intelectual con intereses ligados a lo cultural, ético o estético, y los segundos, en la comunidad delincuencial quienes se

manejarían con fines delictivos dentro del grupo, aunque destacó que no significa que sean delincuentes en sí. Planteó además que existe una interfase grande entre ambos grupos (Mantikow de Sola B., 1995).

Meltzer difiere en la manera de concebir la adolescencia respecto de otros autores; coloca la problemática adolescente en otra categoría conceptual, ya no como una crisis o conflicto, sino como “estado de la mente”, el que puede coincidir o no con una etapa cronológica.

Al definir las comunidades como estados mentales con su modelo de dimensión geográfica, Meltzer en Novara se acerca a una idea de estructura, de estados en los que se asienta un sentimiento de identidad, en una configuración dinámica del self y los objetos internos, y se aleja así de una perspectiva genética con estadios fijos a ser recorridos en un orden predeterminado.

La oscilación entre comunidades, al modo de las oscilaciones Ps-D de Bion, no constituye un pasaje secuencial evolutivo, sino un principio económico para lidiar con el dolor mental.

DUELOS EN LA ADOLESCENCIA. CADUCIDAD DEL SABER. LIMITE AL SABER

En la bibliografía psicoanalítica acerca de la adolescencia ha habido un cambio de vértice: el primitivo concepto de duelo se ha ido corriendo hacia el de caducidad del saber y mi propuesta es pensarlo en términos de “límite”, lo que intentaré desarrollar.

Haciendo un recorrido conceptual vemos cómo los primeros trabajos kleinianos de la mano de Arminda Aberastury, hacían hincapié en *los duelos que el adolescente* debía transitar: por el cuerpo infantil, por la identidad y roles y por los padres de la infancia.

Los duelos eran pensados en términos de reactivación de los duelos infantiles y la psicopatología adolescente era medida en función de la capacidad del aparato mental de elaborar dichas pérdidas; si operaba ese salto se producía un enriquecimiento en la capacidad simbólica, lo que ocurría al finalizar la adolescencia. (Aryan, A., 1985)¹

¹ Ya por esta época nos encontramos con autores que alertaban sobre el riesgo de concebir la adolescencia excesivamente asociada a los duelos, no jerarquizando el complejo de Edipo como organizador, tal como luego veremos (Ríos, C., 1985).

Con el tiempo fue operando un corrimiento a partir de otras lecturas que fueron complejizando y enriqueciendo la idea del duelo que se fue haciendo alrededor de *la problemática del saber*. En este cambio tuvieron mucha influencia tanto las lecturas lacanianas, como las de Meltzer con los Seminarios de Novara especialmente, que tiene una fuerte apoyatura en Bion en cuanto al problema del conocimiento ubicado en el eje K –K; para este autor el cambio pasaría por la caducidad de un sistema de creencias que, en tanto estructuras no saturadas, deberán encontrar un nuevo sentido.

Meltzer, como ya hemos comentado, jerarquiza el pasaje entre comunidades como un intento de organizador simbólico frente al desorden puberal, luego que la calma de la latencia se desorganiza vía retorno de lo reprimido.

Equiparando adolescencia y neurosis, muchos autores piensan a la adolescencia como un tiempo segundo, tiempo de organización luego del ruidoso retorno de lo reprimido con el fenómeno puberal.²

Piera Aulagnier describe para la adolescencia dos etapas. En la primera jerarquiza la permanencia identificatoria, mientras que sería la segunda, la relacional, la que prepara para la entrada en buen puerto de la edad adulta.

Ambas etapas son el corolario de un trabajo psíquico, la constitución de lo reprimido. El fracaso de la represión puede manifestarse por su exceso al igual que por su defecto y en ambos casos la consecuencia será una reducción drástica de los posibles relacionales.

Clínicamente, esta postura tiene relación con las descripciones meltzerianas del adolescente aislado y para otros esquemas referenciales podría pensarse como pre-psicosis. Sería el resultado de un déficit en el campo simbólico, de un movimiento de desinvestidura contra el cual el sujeto se defiende desde hace mucho tiempo, gracias a diferentes prótesis supletorias imaginarias.

La adolescencia en tanto implica un momento de pérdida de garantes identificatorios, podría poner de manifiesto la precariedad de la estructura yoica, siendo “*lo relacional*” el campo donde se hará evidente.

² Esta idea, si bien puede desprenderse de Freud a partir del tercero de los “Tres Ensayos para una Teoría sexual”, se completa con la lectura de “Moisés y la religión monoteísta” de 1937, donde el concepto de “latencia” es reubicado en la teoría y en la concepción de la acometida en dos tiempos de la vida sexual.

La adolescencia habrá que pensarla entonces como un momento donde operará *la inclusión en el campo simbólico y el establecimiento de un orden social fundamentado en la represión. El complejo de Edipo será lo que organice la forma de transitarlo.*

Como momento de pasaje, lo primero que se cuestiona es el saber, en tanto ya no se dispone de identificaciones capaces de sostenerlo.

“...Los padres no son dueños de las palabras, se presentifica así la falla en el Otro; surge entonces la ‘crisis de identidad’ y en consecuencia la novela familiar como respuesta fantasmática...”.

“Habrá dos formas de saber, un saber ‘supuesto’, donde el adolescente atribuye al adulto un saber que colma, referido a la sexualidad; otra forma es el saber que emerge en la experiencia misma y cuando éste aparece, el saber que cae corresponde a la caída de la transferencia, expresándose en forma de duelo...”. (Barredo, C., 2006)

Vemos aquí cómo la idea de duelo está plenamente ubicada en referencia a la caída del “saber”, y no será “supuesta” sino que emanará de la propia experiencia.

En lo personal me parece importante revisar la noción de “*caducidad del saber*”. Veo más adecuado definirlo en términos de “*límite al saber*” ya que en esta idea está más clara la dimensión de algo que fue “supuesto”, nunca estuvo, y por vía de la experiencia quedará acotado.

El término “caducidad” podría confundir y mantener la idea ilusoria que algo se tuvo, se perdió, y por ende se podría alguna vez recuperar. Esta confusión si bien es del campo teórico, está implícita también en el transcurrir de muchas adolescencias que frente a lo novedoso establecen algún nivel de desmentida. Sostienen la ilusión que en algún momento podrán recuperar algo de aquello que perdieron; esta fantasía está condicionada tanto por la atracción que todavía ejerce el supuesto “paraíso perdido”, como por el temor a enfrentar lo nuevo desconocido.

“...El problema no se limita a lo que hay que abandonar, o a lo que se debe renunciar, sino que se duplica por la imposibilidad de enfrentar lo que es nuevo y absolutamente esencial en la adolescencia... como un conflicto entre la atracción de lo nuevo y la imposibilidad de acceder a lo mismo...”. (A. Green, 1988).

En su máxima expresión lo encontramos en aquellos adolescentes más perturbados, tan bien descritos por los Laufer, en los que el *break-down* se produce frente a la irrupción del nuevo cuerpo

sexuado. Este hecho los lleva a apelar al mecanismo de la desmentida por la imposibilidad de mantener una relación con su nuevo cuerpo puberal sexuado. (Laufer, 1988)

Para Meltzer si estamos saliendo de la adolescencia es porque *como adultos* podemos pensar la adolescencia. Este poder pensar implica un aumento en la cualidad introspectiva y paradójicamente, este mayor contacto, lleva de manera regresiva hacia una mayor aceptación de la dependencia infantil.

“...Lo que parece llevar hacia atrás es en realidad lo que lleva hacia delante, lo que permite crecer...” dirá Meltzer en Novara, queriendo subrayar que el mayor y más auténtico contacto consigo mismo en este tirón regresivo, lejos de infantilizar permite una mayor riqueza y complejidad emocional.³

FINAL DE ADOLESCENCIA Y FINAL DE ANALISIS

De la lectura de algunos autores post-kleinianos, como Meltzer en *El proceso psicoanalítico* (Meltzer, 1968), se podría equiparar la idea de proceso adolescente con la de proceso analítico. Ambos procesos son así concebidos en función de un recorrido por fases, al igual que su final.

Esta posición supone que la aplicación del dispositivo analítico condicionaría el establecimiento de dichas fases en el transcurrir de la adolescencia, así como en el análisis todo, los que deberían entrar en un carril pre-determinado. Esto se complica aún más a la hora de pensar en el final de ambos, y se perdería así el valor de experiencia única y singular.

Me interesa destacar las diferencias que ocurren entre ambos procesos:

Todo final de análisis lleva implícito una experiencia de duelo que habrá que atravesar.

La adolescencia es un momento narcisista, donde la predominancia del Yo Ideal se expresa en la frecuente aparición de fenómenos “omni” (omnipotencia, omnisciencia, etc.). En contraste con esto, en el final de la misma y a través del Ideal del Yo, el sujeto podrá apoderarse de sus emblemas, asumir su condición sexuada y *hacer*

³ “Cuando hay un niño que llora, el hombre espera” diría el poeta.

valer los “títulos” que estaban a la espera de ser utilizados (Lacan, 1957).

Cierto es que de la adolescencia se sale también a través de la experiencia de duelo, pero conllevará siempre un tipo de *estabilización por el camino del ideal, en búsqueda de algún soporte identificador propio.*

Lo que quiero subrayar es que *el final de la adolescencia así concebido, no es solidario con la idea de fin de análisis. Este final no debería pasar por el lado de la identificación, sino por el camino del duelo.*

Podríamos pensar que el adolescente pseudo-maduro que describe Meltzer, aquel que atravesando el túnel intenta llegar a la adultez sin procesamiento de duelo, busca, aunque de manera fallida o supletoria, algún tipo de ideal también.

Estos finales de la adolescencia de matices “pseudo”, paradójicamente se acercarían regresivamente más al funcionamiento propio de la latencia (cercano a la idea de “adhesión” que luego veremos plantea C. Moguillansky).

Si concebimos para el análisis un final en relación a la *existencia de un punto de imposibilidad*, tal como plantea Freud en “Análisis terminable e interminable”, habría que pensar si el final de análisis en la adolescencia no transcurre en una demanda de análisis de un adulto, más allá de cuándo concretamente se efectivice.

Desde tal perspectiva podría pensarse en un cambio de interrogación como proceso de pasaje del análisis del adolescente al análisis de un adulto, pero siempre conflictivo y lejos de ser ideal o armónico.

Parte del duelo en los finales de análisis con adolescentes podrían ser pensados también en relación al límite o caducidad del saber, pero respecto de la figura del analista.

MATERIAL CLINICO

Para ilustrar estas consideraciones elegí la presentación del material clínico de Javier, paciente que comencé a ver cuando tenía 27 años. Estaba atravesando por entonces una crisis depresiva considerable. Era el hijo menor de siete hermanos de una familia tradicional porteña con una sólida posición económica.

A mi criterio, y a pesar de su edad cronológica, Javier era un adulto que “descriptivamente” seguía manteniendo un funcionamiento ado-

lescente, (¿“tardío”, “prolongado”?), lo cual era parte de su preocupación personal y familiar también.⁴

Por entonces tenía un trabajo independiente y venía postergando la terminación de una carrera universitaria que había transitado sin dificultades, hasta el momento de confeccionar una tesis que a sus compañeros había demorado un período de un año. Javier ya llevaba casi cuatro y en un estilo obsesivizado se empastaba cada vez más intentando fallidamente ampliarla de manera interminable.

En el terreno afectivo de manera similar veía como sus amigos iban definiendo sus relaciones de pareja, mientras él iba cambiando de compañías ocasionales, en lo que inicialmente lo había ubicado como “el ganador” del grupo.⁵

En la misma serie se daba el consumo de drogas, tema que tardó en incluirse en el análisis. Su nivel de dependencia lo había llevado a padecer un par de accidentes automovilísticos por manejar drogado.

Sus amigos, con quienes había comenzado a consumir, poco a poco iban dejando las drogas, mientras que a él le costaba abandonarlas, lo que encubría con distintas racionalizaciones.

Sus relaciones con mujeres consistían en encuentros ocasionales con prostitutas y mujeres que conocía a través de Internet. Con ellas se aseguraba una posición donde el *self* infantil onnipotente quedara siempre confirmado en un lugar grandioso.

El se jactaba con orgullo de mantener su físico siempre igual, no haber aumentado de peso en los últimos años y seguir usando la misma ropa desde la época del colegio secundario. No parecía surgir ninguna aceptación del transcurrir temporal con su dolor consecuente.

A través del uso de la desmentida y de mecanismos maníacos iba cada vez más instalándose en una posición de certezas. Necesitaba sostener una imagen grandiosa de sí y expulsar cualquier elemento que pudiera cuestionarla.

Cuando esto ocurría en el análisis, necesitaba faltar a las sesiones depositando en la transferencia la preocupación por su estado, mientras él consumía drogas.

Luego de dos años de análisis, su padre, de quien siempre traía una

⁴ La infancia y la adolescencia se prolongan precisamente en sus aspectos neuróticos; recordemos que para Freud la neurosis adulta es una actualización de una neurosis infantil.

⁵ La graduación universitaria y una definición en el terreno afectivo no fueron nunca pensados como una posición personal de final ideal y armónico; mi preocupación pasaba por el nivel de sufrimiento que esto a Javier le acarrea, ya que con los años se iba quedando cada vez más solo.

versión sumamente exigente y descalificatoria, le propuso ayudarlo a comprarse un departamento para irse a vivir solo. El impacto emocional fue enorme ya que Javier no había imaginado jamás esa posibilidad. Surgieron fantasías de sentirse “echado” de la casa de sus padres como confirmatorio de las características exigentes de su padre. Le era inconcebible pensar en su auto-manutención, cosa que de hecho estaba ocurriendo en la realidad.

No imaginaba vivir en un departamento que no fuera como el de sus padres, y la mudanza a un departamento más chico y en un barrio de menor categoría lo vivía como un descenso social calamitoso del que su padre lo hacía víctima.

El padre, de posible facilitador de la autonomía, pasaba a ser vivido por Javier como un personaje sádico que lo exponía a una soledad intolerable.

Con un tono melancólico, se quejaba de ser demasiado blando para afrontar lo que sentía como el rigor de la vida. Sus padres le decían que él era grande y él no se sentía preparado: su visión del mundo la construía desde un Super-Yo infantil tirano y sádico con aspiraciones siempre imposibles de lograr.

En las mujeres buscaba alguien que le devolviera una imagen grandiosa de sí mismo, y las dejaba ni bien esto se le ponía en cuestión. Utilizaba las mujeres y las drogas para mantener una posición maníaca idealizada.

Le era más fácil un encuentro lábil y casual que la dolorosa experiencia del contacto emocional.

Yo era escuchado como parte de su reproche melancólico, lo que obligaba a realizar un trabajo adicional aclaratorio frente a cada interpretación.

Su nivel de certezas infranqueable, al igual que las drogas, lo llevaban a refugios de inaccesibilidad narcisista.

Igualmente seguía preocupado por sus dificultades en proseguir con su tesis. Por esa época se sentía deprimido y frustrado por no poder enfrentar estas dificultades; quería poder “resetear su disco rígido, borrar lo anterior y volver a editarlo”, modelo que nos sirvió por algún tiempo para pensar sobre la “rigidez” de su disco que parecía torturarlo.

Lentamente iban apareciendo momentos de mayor contacto y otros en los que necesitaba volver a refugiarse en su habitual técnica de distancia y encierro. Esto comenzó a poder revertirse a través de un trabajo de análisis largo y sostenido.

Por el tercer año de análisis, Javier vino a una sesión muy conmovido, había comenzado una relación de mayor intimidad con una prostituta. Se sentía cómodo y entendido, situación que lo sorprendía enormemente ya que no sabía cómo incluirlo en su modelo de relaciones en las que ningún elemento emocional debía entrar en juego. “Me gusta estar con ella” decía, “me hace sentir cosas que antes no había sentido, trabaja para mí, se mueve ella, mientras que con otras mujeres siempre el trabajo lo tengo que hacer yo”.

A continuación recordó un sueño en el que estaba en el casamiento de su mejor amigo cuya novia le pedía que él la besase: “Me sentí muy mal, ¿cómo puedo estar tan confundido? Ella es mi amiga” dijo.

Javier necesitaba que todos trabajásemos para él, en la medida en que mantenía una posición de intensa pasividad. Si bien “se dejaba hacer” por la prostituta, por sus padres o por mí, no parecía en realidad estar allí. Cuando algo parecía llevarlo a un curso asociativo promoviendo un intercambio más vital, se sorprendía enormemente.

El sueño parecía haberlo confundido, no podía pensar acerca de él en tanto se le mezclaba la dimensión del sentir con la del hacer que resultaba en auto-reproches.

Luego comenzó una relación con una compañera de trabajo que era de un menor nivel social que el suyo. Esto le provocaba una intensa ambivalencia. Fascinación por un lado al sentirla distinta a sus parejas anteriores, al mismo tiempo que le despertaba cinismo y denigración al percibir lo que para él eran diferencias demasiado grandes. Esta relación, luego de un tiempo se terminó a instancias de ella. Javier se deprimió mucho puesto que había depositado grandes expectativas en la relación.

Estaba intentando abandonar el refugio esquizoide utilizado como equilibrio defensivo durante tiempo y creía que “dejándose adoptar” por una relación de pareja lo salvaría de sentimientos que, hasta entonces evitados, tendría ahora que enfrentar. Esto coincidía además con la mudanza a su nuevo departamento, hecho que lo mantenía muy asustado.

En una sesión por esta época comentó muy emocionado que había salido muy deprimido de la sesión anterior y que más tarde se había encontrado con unos amigos, a los que pudo contarles, lo que nunca había hecho antes. Los amigos “insistieron mucho obligándolo a comer”, ya que a él le estaba costando alimentarse por esta época. Este hecho y el diálogo mantenido lo habían hecho sentir muy acompañado y conmovido.

Siguió diciendo: “yo pensaba que poniéndome de novio se me iban a ir todos los problemas y evidentemente nunca me va a salir una relación si deposito ahí una especie de salvación a todo. Hoy me sentí mucho mejor, sin la sensación que tenía antes en el pecho. En mi departamento nuevo yo no tenía Internet, pero estuve probando y pude encontrar una red”.

Le jerarquicé como él podía aceptar la importancia de establecer redes, en la medida que abandonaba la coraza defensiva esquizoide donde se atrincheraba, y la comida que los otros le ofrecían. El equivalente ocurrió en el análisis en tanto decidió aumentar el número de sesiones, hecho que había rechazado durante mucho tiempo.

Por dicha época Javier fue descubriendo que la realización de distintos trabajos profesionales le resultaban más sencillos de lo imaginado.

Su nueva realidad laboral le permitía revisar su actitud respecto a la tesis interminable; decía sorprendido que él creía que la tesis debería permitirle insertarse en la vida profesional, mientras que en él la realidad profesional le estaba permitiendo revisar su actitud personal frente a dicha tesis.

Junto a esto y en tanto se iba sintiendo mejor fue trayendo algunos recuerdos acerca del colegio secundario y lo exigente que había vivido esa época; había concurrido a un colegio tradicional bilingüe al que, según yo creía, había transitado sin mayores dificultades.

Apareció entonces otra versión, de mayor exigencia, y recordó un momento de un emotivo encuentro con su padre, a partir de un episodio en el que se sintió acompañado y calmado por él frente a la demanda que sentía.

Así, en un mejor clima, e historización mediante, se iba instalando lentamente la inexorable vivencia del paso del tiempo como una categoría que hasta entonces parecía no existir en él.

Finalmente y luego de un largo período Javier pudo terminar su tesis y así logró graduarse. También disminuyó considerablemente el consumo de drogas.

En tanto fue pudiendo modificar su punto de vista infantil y grandioso acerca de sus expectativas vitales, se le fue posibilitando de a poco ir comprometiéndose en proyectos más realistas y plausibles de ser concretados.

El correlato transferencial consiste en que está pudiendo repensar algunas de sus convicciones en un clima de mayor apertura y emocionalidad.

El análisis sigue su curso.

En lo personal, me impacta gratamente y no puedo dejar de sentir un valioso hallazgo cuando en pacientes de estas características la temática ligada a la temporalidad comienza a surgir, y es movilizado lo que hasta el momento parecía enquistado.

Lo mismo me sucede cuando comienzan a ser revisadas las versiones que los pacientes venían trayendo a sesión de manera rígida y estereotipada.

...¿TERMINA LA ADOLESCENCIA?...

Si concebimos para la adolescencia un final, a mi criterio debería ser pensado en términos de la renuncia a un “saber” que se quiera absoluto, a certezas respecto de los padres, y de sí mismo también.

La adolescencia conlleva una dimensión de riesgo y de aventura exploratoria en un terreno desconocido; atravesando esta experiencia, sin garantías y sin sostén identificadorio, el joven ignora en qué condiciones saldrá de ella.

El animarse a atravesar dicha experiencia nos habla de una clínica de pacientes, *aventureros podríamos llamarlos, que están auténticamente apasionados en la vida y en cuyas sesiones sentimos participar del entusiasmo de alguien que está en un proceso de crecimiento y búsqueda de nuevos sentidos.*

En oposición a ellos, vemos el empobrecimiento en otros jóvenes, más inhibidos, en los que a consecuencia de temores *no pueden transitar la adolescencia con toda la dimensión de aventura implícita*, refugiándose muchas veces en múltiples racionalizaciones y explicaciones.

En su máxima expresión lo encontramos en aquellos que se rigidifican yéndose hacia el campo de *las caracteropatías* donde el matiz defensivo que adquiere el uso de certezas hace que resulten elementos infranqueables y de un muy difícil abordaje terapéutico.

Por último podemos considerar a aquellos jóvenes que no encuentran una clara delimitación psicopatológica. Son aquellos que toman de manera supletoria aspectos del objeto de manera mimética, y que han recibido distintas denominaciones conceptuales: *falso self* para Winnicott, personalidades “as if” para H. Deutsch, *identificación adhesiva o pseudomaduros* para Meltzer, “*adherentes*” según C.

Moguillansky (quien intenta discriminar este concepto del de identificación adhesiva de Bick y Meltzer), o pre-psicosis para otros, que dan cuenta con esta denominación de la precariedad de un aparato que no termina de constituirse.

Estos jóvenes, si bien parecen adolescentes que pueden participar de la vida grupal con sus emblemas y uniformes, en realidad *no hacen verdadera experiencia dado que, mantienen un resto disociado e inaccesible*.⁶

Igualmente estas categorías no son absolutas ya que nos encontramos con jóvenes que atraviesan estos vaivenes identificatorios con momentos a predominio del uso de identificación proyectiva, en quienes como antes mencioné, apoderarse miméticamente de aspectos del objeto, resulta de un esfuerzo por afianzarse en un mundo al que todavía no sienten como propio, y en otros momentos pueden más auténtica e introyectivamente identificarse con él.⁷

CONCLUSIONES

La adolescencia tendrá su final o no, en función del modelo conceptual del que partamos. Es plausible pensar un final de la adolescencia para quienes la conciben como “*etapa vital*” (Quiroga), como “*conflicto*” o “*crisis*” (Blos); por el contrario carecería de sentido hacerlo si se la concibe en términos de “*estado mental*” (Meltzer).

Para aquellos autores que equiparan adolescencia y neurosis, vía retorno de lo reprimido, una adolescencia no termina o se prolonga en el tiempo, en función de los aspectos neuróticos que no pudieron resolverse en su momento, y está asociado a un cierto modelo de concepción de la cura.⁸

⁶ Con los términos “aventura” y “hacer experiencia” aludo a una doble acepción: aventura “dentro de la experiencia analítica” pues se percibe un clima de riesgo y enriquecimiento exploratorio intra-sesión, pero también a la aventura y experiencia “extra-analítica” que ocupan tantas horas en los relatos de los análisis con adolescentes. Por suerte cada vez más los analistas hemos ido aprendiendo a incluir esta segunda acepción, mientras que años atrás algunas experiencias se tendían a conceptualizar excesivamente en el terreno de las actuaciones.

⁷ Esta es una idea que sigo manteniendo de la vieja tradición meltzeriana quien hizo un esfuerzo conceptual importante por discriminar el siempre conflictivo tema de las identificaciones; así caracterizó los distintos tipos de identificación operantes en introyectivas y proyectivas; éstas son siempre oscilantes y no está en el espíritu de Meltzer, al menos a mi entender, la intencionalidad de valorarlas en términos de “buenas” o “malas” identificaciones.

⁸ Esta manera de concebir la adolescencia nos obliga a pensar si existe una psicopatología

Quienes sostengan esta posición teórica esperarán en consecuencia alguna forma de conclusión para esa neurosis, o sea, la supresión o por lo menos la disminución sintomática.

Como planteaba en mi introducción, encuentro algunos inconvenientes en pensar para la adolescencia, así como para cualquier otro momento vital, un final o terminación “ideal” ya que esto supondría el haber tenido que entrar en un carril pre-establecido y al cabo de determinado proceso, a un deber ser aconflictivo según molde, lo que a su vez nos sitúa en una línea evolutiva asociada a la idea de una normalidad.

Los mismos inconvenientes encuentro en la noción de “adolescencia tardía” tal como la vimos planteada desde algunos autores, ya que está implícita la referencia a lo que debería ocurrir en algún momento vital y que o no apareció, o lo hizo fuera del momento esperado, lo que nos expone al mismo riesgo.

Sin embargo pienso que la adolescencia debe tener un cierre o conclusión, algún tipo de estabilización que nunca será ideal ni armónica.

Lo concibo asociado a algún nivel de imposibilidad, de pérdida de certezas, y caída de supuestos saberes.

Este será un momento privilegiado, momento de cambio y de definición donde el sujeto se verá enfrentado a “*cerrar la puerta y hacerse cargo del peso de su valija*”,⁹ que hasta entonces venía siendo sostenida por el mundo de los adultos. La adolescencia terminará entonces cuando las experiencias sean asumidas por el sujeto como propias, por el camino de la identificación, prescindiendo del sostén encarnado en la figura de los padres.¹⁰

específicamente adolescente o si estamos aplicando a la adolescencia categorías psicopatológicas que no le son propias. En otros términos, si nos estamos refiriendo a una psicopatología “de la adolescencia” o “en la adolescencia”, tema en el que valdría la pena detenerse, pero que excede los límites de esta presentación.

⁹ Con esto hago mención a la “valija verde” aludida en el poema de César Isella que incluyo al comienzo del trabajo.

¹⁰ En cuanto el tema de “los padres” se me podría cuestionar el peligro de confundir el concepto en relación a “los padres empíricos” y la importancia de pensar a “*los padres como un lugar en la estructura, una forma de creencia en un saber supuesto del mundo adulto que colma cierta urgencia del saber*” (C. Moguillansky, 2006).

En lo personal creo que ambas acepciones están en juego: por un lado es propio del imaginario del adolescente quien necesita sostener en “los padres” una imagen de creencia y soporte identificadorio; además y dentro de una estructura, son los padres empíricos *también* aquellos que nos traen los pacientes en sus relatos al consultorio, aquellos que citamos para entrevistas, aquellos que nos pagan, aquellos que no nos pagan, etc.

De este modo y de aquí en más, sólo de él dependerá y tendrá a su cargo la libertad de hacerse camino para elegir su propio destino.

Será éste un momento de asunción subjetiva en el que se resignificarán los elementos que participaron en la construcción de una historia singular. El sujeto a partir de ahora hará propia su experiencia, y será así dueño y autor de su propia historia.

Pienso que uno de los trabajos más difíciles del proceso adolescente se juega en atravesar el largo y difícil camino que conduce en el mejor de los casos, a concluir que el saber no lo encontrará ni en los padres, ni en él, ni en el líder del grupo del que ocasionalmente forma parte, lo cual implica siempre y definitivamente un nivel de renuncia que lleva a que la adolescencia concluya.

Esto implicará un trabajo de duelo en la línea del saber, pero fundamentalmente de estabilización identificatoria con la consiguiente apropiación subjetiva de emblemas paternos heredados a través del ideal.

Obligaré a un trabajo de remodelación del Super-Yo, para que, en tanto opere el complejo de castración permita acotar el goce y adoptar posiciones más realistas frente al mundo.

Esta manera de concebir para la adolescencia un final nos obliga como siempre, a adoptar una decisión en cuanto a nuestra posición como analistas. Nuestra posición deberá ser consecuente con la idea que a un joven lo beneficiará recorrer cierto tránsito que hasta el momento ha sido evitado; muchos pacientes que consultan con carta de presentación fóbica u obsesiva podrían ser pensados también como inhibiciones a consecuencia de procesos adolescentes que se vienen evitando.

Creo que esto nos pone a resguardo de la “eternización” que sufren algunos análisis cómplices de la evitación del proceso adolescente y el dolor de su terminación.

Finalmente esta problemática podríamos incluirla en una discusión más amplia acerca de las terminaciones y los límites de la vida en general, de la aceptación de la finitud, la castración y la muerte como procesos inevitables.

BIBLIOGRAFIA

- ARYAN, A. (1985) "La adolescencia: aportaciones a la metapsicología y psicopatología". En *Psicoanálisis*, Vol. VII, Nº 3.
- AULAGNIER, P. (1989) "Construir(se) un pasado". En *Psicoanálisis*, Vol. XIII, Nº 3.
- BARREDO, C. (1991) "Cambios en la pubertad". En *Psicoanálisis*, Vol. XIII, Nº 3.
- (2006) Innovar a Meltzer. Presentado en APdeBA el 22 de abril de 2006.
- BLOS, P. (1979) *La transición adolescente*. Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. A.E. Vol. 7.
- (1923) El yo y el ello. A.E. Vol. 19.
- (1924) El sepultamiento del Complejo de Edipo. A.E. Vol. 19.
- (1937) Moisés y la religión monoteísta. A.E. Vol. 23.
- (1937) Análisis terminable e interminable. A.E. Vol. 23.
- GREEN, A. (1988) "Punto de vista del psicoanalista sobre la psicosis en la adolescencia". En *Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, Nº 7, 1994.
- LACAN, J. (1957) *Seminario IV "La relación de objeto"*. Editorial Paidós.
- (1958) *Seminario V "Las formaciones del Inconsciente"*. Ed. Paidós.
- LAUFER, E. (1988) "Psicosis y violencia". En *Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, Nº 7, 1994.
- MANTYKOW DE SOLA, B. (1995) Conferencia dictada en el Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA el 9 de septiembre de 1995.
- MELTZER, D. (1968) *El proceso psicoanalítico*. Ed. Hormé.
- (1974) *Estados sexuales de la mente*. Ed. Kargieman.
- (1973) *Seminarios de Novara en Adolescentes*. Spatia Ed.
- MOGUILLANSKY, C. (1999) Conferencia dictada en el Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA.
- (2006) "La invención de la experiencia; adhesión, repetición, transformación y aventura". Presentado en el Depto. de Niñez y Adolescencia de APdeBA, el 26 de abril de 2006.
- PESKIN, L. (2003) *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Editorial Paidós.
- RIOS, C. (1985) "Las identificaciones en la adolescencia". En *Psicoanálisis* Vol. VII, Nº 3.
- QUIROGA, S. (1988) *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo de objeto*. Editorial Eudeba.

MARCOS KOREMBLIT

Marcos KorembLit
Av. Scalabrini Ortiz 2368, 10º "F"
C1425DBR, Capital Federal
Argentina